

O encarnizar sus garras sobre tu débil flanco,  
A los dioses elevó con lágrimas mis preces.

(*besándole apasionadamente*).

Mas tú eres valeroso como Teseo.

*Dairos.*— A veces  
Un repentino espanto me hiela fibra á fibra.  
Mi inquietud al amparo de los dioses se libra.  
Y cuando entre los riscos me siento más cobarde,  
Me abrazo al viejo chivo blanco. La roja tarde  
Me causa miedo; entonces buscando el más sonoro  
Ritmo que da mi flauta, toco muy fuerte y lloro.

*Iole (estrechándole la mano contra su pecho)*

*Dairos*, cuánta congoja me infunde tu destierro  
En el pinar...

*Nais.*—Sin duda que armando de buen hierro  
Tu cayado, y poniendo dobles cueros á tu honda,  
No tendrías ya miedo...

*Dairos.*— Nais, la obscura fronda  
Está llena de sacro terror. El viento puebla  
De palabras antiguas su pánica tiniebla.  
Anuncia graves cosas su temblor cuando es mudo.  
Yo antes no la temía, y entre el pinar agudo,  
Distraía mis ocios entablando en sus huecos  
Durante horas, el trunco diálogo de los ecos.  
Mas, desde que el estío reinó en las muelles lomas,  
Y la tierna campiña se acaloró de aromas,  
Fuéronme dominando la tristeza y el miedo.  
El soplo de la brisa me da, cuanto más quedo,  
El pavor inefable de una presencia, y cuando  
Llega aquello, mi cuerpo se repliega temblando  
En sí mismo, cual si algo de íntimo defendiera.  
Y la melancolía me embarga, á la manera  
De una inerte delicia que implicase una falta.  
Mi corazón, entonces, desordenado salta

Sofocando en anómalos rubores mi quimera,  
Y con alados sueños mi noche se aligera.

Las rojas margaritas me turban como gotas  
De sangre. Allá muy lejos, las cabañas remotas  
Parece que me ofertan sus domésticas paces.  
Pero pronto el respingo de los chivos locuaces,  
Viene á turbar mi dulce divagación. ¿Qué influjo  
Los vuelve así tan díscolos? ¿Por qué el florido lujo  
De la selva, es tan grave, y en las siestas de plomo,  
Con tan honda ternura se enronquece el palomo?...

Además, una extraña cosa agrava el misterio.  
Buscando á la canícula mi habitual refrigerio,  
Di ayer con una fuente cuya náyade interna  
Abriga su tesoro de agua en una caverna.  
Ya desnudo, apartaba sobre el borde del antro  
Las importunas matas de junco y de cilantro,  
Cuando vi reflejarse, con desusado goce,  
Albo como esos cuarzos que echan chispas al roce,  
El reflejo en el agua de mi cuerpo tranquilo.  
Y de pronto creíme preso en aquel asilo  
Por la ronda de un fauno, que mi terror convulso  
Vió venir de la sombra con vencedor impulso.  
Dudo que aquella angustia mis palabras expliquen.  
Sentí en mi piel su barba lanosa como el líquen;  
Su mano ruda y áspera me ardió como una roncha;  
Desordenaba el hipo su barriga rechoncha;  
Y entre mis apretadas piernas, como una cuña,  
Creía que penetraba su rústica pezuña.  
Y solamente supe decidirme á la muerte.  
Con los ojos cerrados permanecía inerte  
Presintiendo el suplicio bestial de aquel asalto.  
Pero malgasté en vana ficción mi sobresalto;  
Pues cuando en torno mío dirigió la mirada,  
Allí no había fauno, ni aparición, ni nada.  
La soledad mullía los desiertos caminos  
Llena del rumoroso silencio de los pinos.



Y al sentirme seguro, discerní que un encanto  
Mezcla de horror y dicha, formaba mi quebranto.

(*El cielo empieza á descolorarse, en la claridad crepuscular*).

*Iole*.—

Ayer, en la otra orilla, vi un gran rastro bisulco.

*Nais*.—

Dairos, las actitudes que á tu valor inculco,  
No son vanas palabras. Mi amor por ti pregusta  
El delicioso imperio de tu mano robusta.  
Desde ayer voy tejiéndote, como amante reliquia,  
La túnica escarlata de la danza pirriquia,  
Que los guerreros trazan en ficción de combate.  
Con fogoso tumulto por ti mi pecho late  
Cuando te miro en sueños, ilustre por la lanza.  
La túnica que apronto colmará tu esperanza,  
Siendo magnífica entre tus bélicos enseres.

(*estrechándose á él, mimosa*).

Pero ¡ámame á mí sola!...

*Iole* (*casi llorosa*)      *Nais*, ¡qué mala eres!

*Dairos* (*á Nais*)

Dame, en vez de la túnica, tu peine de ámbar claro.

*Nais* (*más tierna*)

¡Oh, sí! (*besándole*) ¡tus labios tienen un deleite tan

[raro!

¡Y en ellos con tan dulce claudicación me inmolo!

(*Quédase como adormida en su hombro*).

*Iole*.—

Dairos, yo nada tengo que ofrecerte. Tan sólo

Mi escudilla pintada, mi cinturón y un broche  
De hueso. Pero ¡te amo tanto! Noche tras noche  
Paso por ti llorando, sin que ninguna ofensa  
Me hayas causado. Es una melancolía inmensa,  
En que una madre anhelo, con la cruel certidumbre  
De que nadie me quiere ya. Con triste vislumbre  
Las estrellas duplican mis lágrimas serenas,  
Y hay una sed profunda de sufrir en mis penas.  
Cuando, desde los pinos, tu flauta nos invita  
Con sus mejores ritmos, á la diaria cita,  
La emoción y la angustia me embargan de tal modo,  
Que en un gran desamparo se abisma mi ser todo.  
Y mis dedos se vuelven de mármol. Tal como esto  
Será la muerte...

Pero cuando venimos presto,  
Y en tu hombro cae la gravedad pensativa  
De mi ternura, entrego mi sencillez cautiva  
A tu piedad, y siento como si floreciera  
En mi flotante cuerpo toda la primavera.  
Mi pobre almita rubia, cae en un beso largo  
Como lánguida gota de miel; suave letargo  
Me invade con viviente tibieza de plumaje.  
Mi seno á ti palpita rico como un lenguaje  
Y mártir bajo el hondo latido que lo lava.  
Mi tristeza te adora con silencio de esclava.  
El tímido suspiro que en la noche te nombra,  
Es mi alma. Mi insomne palidez es tu sombra.  
Y cuando el mal divino me finge la promesa  
De morir en tus brazos, el corazón me pesa,  
Maduro ya de lágrimas como un negro racimo.

*Dairos* (*besando á Iole*)

También para ti es grande mi amor.

*Nais* (*enderezándose vivamente*)

¡Oh dulce primo!



En tu beso palpita mi alma, frágil burbuja,  
Como una mariposa que atraviesa una aguja.  
¡ Ah! No podré tranquila contemplar nuevamente  
Los ósculos de Iole. Sea de ella tu frente;  
Mas tu adorable boca la necesito única.

(con la boca muy cerca de la suya).

Quedarás bello y noble como un dios con mi túnica.

Iole (contemplándole en éxtasis)

Tomaré para mi alma, por exclusivo reino  
Tu frente, y ha de verse con qué gracia te peino

(El crepúsculo empieza á teñirse vagamente de  
luna).

Dairos.—

Yo he de corresponderos con dos chotos mellizos...

(movimiento negativo de ambas).

U os labraré á la siesta con gráciles carrizos  
Jaulillas de cigarras...

Nais (recogiendo vivamente las mangas de su túnica)

Dairos, toma mis brazos.

Es, dicen, lo más bello que hay en mí. Dulces lazos  
Sean para tu esquivia puerilidad, y en suave  
Ritmo, mezan tus sueños como la rama al ave.

Iole (recogiendo sus cabellos)

Dairos, toma mi cuello que es toda mi belleza.  
Los pastores elogian su virginal nobleza,  
Y en él evocan símiles de paloma y de nardo.

Dairos (desabrochándose el jubón)

También yo he de ofreceros lo que de más gallardo  
Hay en mí. Dulce prenda que con halago tierno,  
Guardo como un anómalo pichoncito de invierno,  
En mí mismo...

(abriéndose enteramente el jubón y enseñando su  
seno de doncella).

¡ Miradlo!

Iole y Nais (alejándose espantadas)

¡ Ah!

Dairos (alarmada) ¡ Qué os pasa?

Nais (á Iole, muy agitada)  
mujer!

¡ Si es una

Iole.— ¡ Oh justos dioses!

Dairos (con asombro) ¡ Una mujer?...

Nais (maligna) Fortuna

Es que en púdico alarde, tantos candores venza  
El lindo primo... ó prima.

Iole (cubriéndose el rostro)

¡ Oh, hermana, qué vergüenza!

Nais (tomando á Daira por las muñecas, agresiva)

Mas tu pérfido engaño tendrá ejemplar castigo  
En nuestra ira. Infame como fué tu enemigo  
Desdén, será la pena, ¡ oh hipócrita muchacha!

(Daira se desmaya al pie del árbol, y Nais añade mi-  
rándola con desprecio):

Para virgen tan pura, bien honesta es su facha.



(á Iole).

Ayúdame á la justa sentencia de nuestro odio.

(arrastran á Daira para donde hay más luna).

Que este blanco silencio sea espectral custodio  
De su castigo, y que esta claridad, por conquista  
Suculenta, la esponga como un cebo en la pista.  
Hagan las fieras pasto de sus gracias,

(abriéndole bien el jubón).

Y aplaque

Primero su jactancia la furia del ataque.  
Dense en ella los lobos carnívora reyerta.

Iole (suplicante)

Tengo lástima, hermana, pues parece ya muerta.

Nais (imperativa)

Vamos, Iole: las ánforas esperan.

(Iole la sigue, volviendo tristemente la cabeza).

ESCENA IV

La luna da de lleno sobre el cuerpo de Daira. Agenor y Anfiloquio entran por la izquierda lentamente, titubeando en la obscuridad.

Agenor.—

Anfiloquio

Tengo graves recelos; absorto en el coloquio

Que esta tarde emprendieron al sol nuestras palabras,  
Descuidando el aprisco no advertí que las cabras  
Volvieron solas. Temo que el oráculo guarde  
Algún triste secreto para esta última tarde.  
Nunca demoran tanto Iole y Nais. El triste  
Dairos, jamás al yugo de su deber resiste.  
Su flauta ha mucho rato que calló en la arboleda.

Anfiloquio.—

Tranquilízate, ¡oh, huésped! y mi valor remeda.

Agenor.—

Llamemos nuevamente:

(alzando la voz) ¡Iole!

Anfiloquio.—

¡Nais!

(Pausa)

Agenor.—

La brisa

Dispersa nuestras voces. Vayámonos de prisa

Cada cual por su lado, y el gran Pan nos proteja.

Anfiloquio.—

Con avizora mano, da bocina á tu oreja.

(Agenor inténase en el bosque. Anfiloquio da unos pasos, y se encuentra bruscamente con Daira, bañada por la luna).

ESCENA V

Anfiloquio (casi en voz baja, entrecortada por la emoción).

La doncella es sin duda. Mas si á ignorarlo llega

Lunario.—14



Mi ventura, admirando tanta gracia labriega,  
Y tanto amor dormido bajo tanta blancura,  
La creo retardada ninfa de la espesura.  
Así el rayo de Diana con su claror prestigie  
Eternamente, la honda palidez de su efigie.  
Los sombríos cabellos agobian su cabeza  
Con una grave fatalidad de belleza,  
Y el sueño de sus párpados flota como una leve  
Serenidad de luna sobre un lago. El relieve  
De su joven garganta, mis hálitos conturba  
Con la maravillosa sugestión de su curva.  
Yo que nunca, ante el voto que á mi amor puso freno,  
Apacenté mis ojos en el primor de un seno,  
Hoy descubro el dominio fatal que en él denuncia  
La mujer, y el destino que inspira la renuncia  
De mi esperanza, al fruto de mi artístico empeño.  
Mas en tales delirios me sumerge el ensueño  
Con que esta delicada criatura me inspira,  
Que antes de obviar mi voto con la sensual mentira  
Cuya mancha ante Diana de perjurio me tilde,  
Olvidaré sus gracias, lleno de paz humilde,

*(volviéndole la espalda).*

Y llamaré al buen viejo que me hospeda en su choza.  
¡ Agenor!...

*(Daira se incorpora en ese momento, cubriéndose el seno instintivamente con una mano, mientras se pasa la otra por los ojos).*

Daira.—Ya la luna los campos alborozaba.

Anfiloquio *(volviéndose)*

Daira, no temas...

Daira *(entre confusa y asustada)*

...¿ Daira? ¡ Un extranjero!...

ESCENA VI

*(Entra Agenor presuroso).*

Agenor *(con transporte)* ; Gloria  
Al gran Pan! *(á Daira)* Hija mía, ¡ qué espanto!  
Anfiloquio.— La victoria  
Nos sonríe ; *(á Agenor, con interés)*  
mas, Iole y Nais?...

Daira *(ansiosa)* ¿ Qué les pasa ?

Agenor.—

Hace un rato que he oído que lloran en la casa.

ESCENA VII

*Cena en la choza. Por la ventana abierta vése el cielo nocturno iluminado por la luna que asciende. En una cabecera, Agenor; en la otra, la silla vacía de la madre muerta. A un lado Nais y Iole, cabizbajas. Al otro Anfiloquio y Daira vestida ya de mujer.*

Daira.—

Mi desmayo provino de ver una culebra  
Que hacia mí serpenteaba saliendo de su quiebra.

Agenor.—

Gracias que al verte inmóvil te desdeñó, por cierto.  
Si no, quizá á esta hora te contábamos muerto.

Anfiloquio *(con intención)* ¿ Muerto?...



*Daira (ruborosa)*

Varió mi suerte con transición tan brusca,  
Que mi propia evidencia todavía se ofusca.  
Mas tan feliz fué Dairo aquí, que la sobrina  
Actual, no guarda ahora bajo de su esclavina  
Un corazón más sano ni más alegre.

*Anfiloquio (señalando los platos intactos de Nais y de Iole)*

El susto

Os quitó, á lo que veo, la palabra y el gusto.

*(Iole y Nais sonríen cohibidas).*

*Agenor (señalando una ánfora)*

Nais, escancia de este vino negro; la cuba  
A disipar las negras aprensiones coadyuva.

*(Nais escancia).*

Con los tempranos soles, este año para Agosto  
Veré ya en los lagares sangrar el nuevo mosto.  
Hagamos, entretanto, libación á las musas.

*(vuelca un poco de vino).*

*Anfiloquio.—*

Siento que mis palabras claudicarán confusas,  
Agenor, á hacerte la confesión de un serio  
Asunto, á cuya urgencia dió el Amor su misterio.  
Pero tu equidad sea favorable á mi duda.  
Sabrás que allá en el soto miré á Daira desnuda.

*(Daira baja la cabeza, avergonzada. Nais y Iole, muy confusas, comienzan á levantar lentamente la mesa).*

Pues así estaba cuando me di con ella al rayo  
Lunar, entre el desorden de su leve desmayo.  
Aunque fué involuntaria profanación, he visto  
Lo que sólo al esposo pertenece. Imprevisto  
El caso, con más clara certeza significa  
Un mandato imperioso de los dioses. Mi rica  
Familia, háme otorgado permiso y testimonio  
De contraer, por propia voluntad, matrimonio  
Tan pronto como apiade con mi voto á la diosa.  
Y así á Daira te pido, ¡oh, Agenor! por esposa.

*(Iole deja caer una escudilla que se rompe. Nais se queda como petrificada).*

*Agenor.—*

Eres mozo y no piensas bien. Tu sangre sonora  
Te embriaga fácilmente. Daira es una pastora  
Formada al desamparo del viento, el sol y el risco.

*Anfiloquio.—*

Mi alma es tímida oveja que necesita aprisco.

*Agenor.—*

Debes á Diana un voto que no admite sofisma.

*Anfiloquio.—*

Daira lleva el secreto de mi voto en sí misma,  
Pues la diosa protege nuestro amor.

*Agenor.—*

Ante Diana

Fuerza es que se doblegue la voluntad humana.

*(á Daira).*

Y tú, Daira, ¿has oído?

*Daira (tímida)*                      Sí...

*Agenor.—*                                      ¿Consientes?

*Daira (más bajo)*                              Sí...

*Agenor.—*    Sea

Entonces, Anfiloquio, conforme con tu idea.

Vana toda firmeza cuando Eros se encapricha.



(á Daira).

El destino se cumple. Ya has causado una dicha.

(Anfiloquio y Daira se besan y quedan mirándose cogidos de las manos. Iole y Nais se abrazan llorando).

Dora mis viejos días tan amable espectáculo.

(señalando con ternura irónica á sus hijas).

He aquí, ciertamente, las penas del oráculo.

(va hacia ellas y acaricia gravemente sus cabezas.  
Pausa).

Iole, hija mía, el flujo de tus lágrimas corta  
Ya. Nais, es preciso que agregues una torta  
De miel, especia y vino, para él en tu pan leudo,  
Pues los dioses sapientes nos lo traen por deudo.

Anfiloquio (dirigiéndose á la luna, cuyo disco no alcanza todavía la ventana).

¡ Oh, diosa, he encontrado molde para mi copa.  
El purísimo seno que esta doncella arropa  
Entre el lino y la vida de su propio perfume,  
La castidad del tuyo con su elegancia asume.  
En famoso alabastro, conforme á los preceptos  
Del arte, con cinceles que no serán ineptos  
Si me das de tu agrado la codiciada muestra,  
Refrenando mis besos haré una obra maestra;  
Y nuestros cuerpos vírgenes, bajo tu signo fausto  
Consumirán su urgente pureza en holocausto.

Nais (tendiendo los brazos á la luna con un gran grito).

¡ Oh Diana!...

Iole (sollozando) ¡ Oh dulce Daira!

Agenor.— ; Oh divino consuelo!

(La luna aparece por la ventana y su rayo transparente á través del peplo los senos de Daira).

Daira (como inspirada)

¡ La diosa me penetra!

Anfiloquio (señalando el pecho de Daira)

Diana acepta el modelo.

FIN



EL PIERROT NEGRO

PANTOMIMA

DRAMATIS PERSONÆ

*Pierrot.*  
*Colombina.*  
*Arlequin.*  
*Polichinela.*  
*Un alquimista.*  
*La Silfide.*  
*Ondinas.—Ninfas de la tierra.—Pastores y*  
*pastoras.*

**Cuadro primero.**

I

A los fondos de una tintorería, en el crepúsculo. Vagas construcciones de arrabal. Barracas, viviendas de tabla, dos ó tres árboles raquíticos.



Todo ello fundido en la suave tinta violeta de la hora.

En mitad del escenario, una ancha abertura que da luz al subsuelo donde están los tachos de la tintorería. Vese el comienzo de una escalera que á ellos conduce, apoyada en el borde de la abertura.

## II

Arlequín y Colombina llegan precipitadamente, riéndose de Pierrot, á quien acaban de dejar burlado. Trátase de renovar el traje de Arlequín, avivando la policromía de sus losanges.

Después de una burlesca reminiscencia de Pierrot, que á esa hora llorará furioso el nuevo desvío de Colombina, ésta y Arlequín bajan por la escalera, que retiran previsoramente.

## III

Noche casi completa. Pierrot llega titubeando entre la doble confusión del crepúsculo ya torvo y de sus ojos nublados por el llanto. In-

quiere aquí y allá, con desesperación impotente; cuando, de pronto, una carcajada de Colombina le hace volverse con tan súbita prisa hacia la abertura, que pierde pie y se precipita en ella.

## IV

Un viejo portón de tablas da paso, poco después, al tintorero y á Pierrot, completamente negro.

La luna ha asomado por el horizonte, y sus rayos comienzan á iluminar la escena.

Pierrot está desesperado. Se ha caído en un tacho de pintura negra, mientras Colombina y Arlequín, huyeron mofándose de su accidente. Su ademán pregunta al tintorero si hay algo que le destiña.

El tintorero no conoce ninguna substancia; pero reclama el precio de su tinte.

Pierrot le muestra sus bolsillos vacíos, y el otro, irritado, se va, manifestándole que la tinta es indeleble y que será necesario desollarle para quitársela.



V

Polichinela, que buscaba también á Colombina, entra por donde Pierrot vino, dándose con éste de manos á boca.

El desgraciado le pide un consejo. El es grave y rico en experiencia. Su cráneo y su joroba están llenos de sabiduría.

Polichinela, un tanto ebrio, comienza por reirse de él. Pero, ante su insistencia, le expresa que, no existiendo sobre la tierra decolorante alguno, sólo un viaje á la luna, reino de la blanca, corregirá su defecto.

¡Un viaje á la luna! Pierrot, desesperado, implora al astro, mientras Polichinela se mofa de él á su espalda; hasta que, convencido de su impotencia y de su irreparable destino, el triste amante estalla en lágrimas.

**Cuadro segundo.**

I

En el laboratorio de un alquimista. Larga y sombría sala. El alquimista, sentado ante su hornalla, atiende la consulta de Pierrot. Una estantería llena de *in-folios* polvorientos, matraces y redomas, ocupa la mitad del muro, al fondo. En la otra mitad hay una ventana cerrada. Del techo y de las paredes cuelgan diversos instrumentos. En un rincón, un gran globo terrestre que lleva adheridos por vástagos giratorios de metal, el sol y la luna. Cerca de la estufa, una mesa llena de pergaminos.

II

Pierrot explica su amor, y exhibiendo al sabio un retrato de Colombina, á quien éste encuentra muy linda, le manifiesta que ella no le querrá mientras se conserve negro.



El alquimista ensaya sobre él diversos decolorantes, sin éxito alguno.

Pierrot solicita entonces el medio de hacer el viaje á la luna, imperio de la blancura ; pero el alquimista expresa que intentará curarle primero por medio de un nuevo amor.

Negativa de Pierrot. Insistencia del sabio. Por último, aquél accede resignado, sentándose tristemente junto á la mesa.

### III

El alquimista toma un libro del estante, y un frasco. Lee una fórmula mágica y arroja el contenido de la vasija á la estufa.

Una larga llama ilumina bruscamente la habitación ; el muro del fondo se abre, y en un resplandor verdoso hacen su aparición las ondinas.

Danzan en torno de Pierrot, ofreciéndole los dones acuáticos que las adornan : sargas de corales y de perlas ; nácares, madreporas, pececillos de colores, algas extrañas. Pierrot permanece inmóvil y mudo.

### IV

El alquimista toma del estante otro grimorio y otro frasco, repitiendo análogo conjuro. El muro se abre con un trueno sordo, y en un resplandor de oro aparecen las ninfas de la tierra.

Danzan en torno de Pierrot, ofreciéndole las galas minerales que las simbolizan. Chorros de metales preciosos y de pedrerías. Pierrot continúa mudo é inmóvil.

### V

El alquimista hace una nueva evocación. Combina diversos líquidos, que arroja sobre el fuego, apagándolo. Da después tres golpes sobre un triángulo de cobre cubierto de signos cabalísticos, y una vaga música que tiene algo de brisa susurrante y de melodía, comienza á llenar el silencio. El muro se abre suavemente, y en un leve resplandor azul aparece la Sílfide.

Ella no ofrece á Pierrot, sino su guirnalda



de rosas ; pero el desgraciado amante la rechaza cuando, desfallecida en el postrer giro de su danza, va á besarle, y la dulce aparición cae como una flor bruscamente marchita, al paso que la fantasmagoría se desvanece en repentina obscuridad acompañada por un rumor de terremoto.

## VI

Pierrot insiste en su viaje á la luna. El alquimista expresa que costará muy caro. Mas aquél, con un gesto de gran señor, acepta todas las condiciones. Necesitará también para el viaje un telescopio y un espejo, que el alquimista le entrega y que él guarda majestuosamente.

Abre el sabio la ventana, y cubriendo después un papel de fórmulas mágicas, manifiesta que hará descender la luna hasta muy cerca. Una escoba que está apoyada contra el muro se animará, sirviendo de caballo al viajero, y éste no tendrá más que arrojarle al espacio.

A medida que lee sus fórmulas, acompañándolas de signos trazados en el aire con su varita mágica, la luz lunar empieza á penetrar por la ventana con progresivo esplendor.

## VII

Pierrot asiste, estupefacto, á aquel espectáculo. La escoba va animándose con pequeños sobresaltos. La luz se vuelve deslumbradora ; y entonces, el alquimista, mostrando á Pierrot la luna, ya muy próxima, le manifiesta que antes de entregarle el talismán cuya posesión le dará el dominio de su caballo mágico, reclama el precio convenido.

El asombro de Pierrot comienza á expresarse en un vasto ademán, cuando, de pronto, sueña en la calle la carcajada de Colombina.

Una brusca decisión le asalta al escuchar la risa cruel. Arrebata la vara al alquimista, y ahorcajándose en la escoba, salta sobre la mesa, y de ésta precipítase por la ventana al dominio de los aires.